

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL QUINTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MAT., v. 20-24.)

En que consistía la justicia de los Fariseos; cual debe ser la nuestra.

TEXTO. *Dico enim vobis quia nisi abundaverit justitia vestra plus quam Scribarum et Phariseorum non intrabitis in regnum celorum.* Os digo en verdad que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y de los Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.

EXORDIO. Hermanos míos, el Evangelio de este día encierra una de las mas importantes enseñanzas de nuestro divino Salvador; quizás por eso es ésta una de las ménos entendidas, y sobre todo de las ménos practicadas. Los Evangelistas nos muestran á este divino Maestro seguido de una inmensa muchedumbre; Él se sube á un monte, siéntase sobre una roca para ser mejor oído, y allí expone en pocas palabras la doctrina nueva, que ha venido á traer al mundo. Es la carta que da á su pueblo, es la constitución divina, á la cual deben someterse todos aquellos, que quieren hacerse vasallos suyos.

El Evangelio de esta día encierra un fragmento de este magnífico sermón pronunciado sobre el monte... Os digo en verdad que si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos. Oistéis que fué dicho á los antiguos: No matarás y cualquiera que matare, será culpado de juicio. Mas yo os digo que cualquiera que se enojare contra su hermano será culpado de juicio y cualquiera que dijere á su hermano: Raca, será culpado de concilio; y cualquiera que le dijere: Fátuo, será culpado del fuego del infierno. Por tanto, si trajeres tu presente al altar y allí recordares que tu hermano tiene algo contra tí, deja tu presente en el altar, y

véte primero á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente... »

PROPOSICIÓN. Querría, hermanos míos, á propósito de este relato evangélico, haceros comprender bien que Dios exige de nosotros, no una santidad aparente, que nos merezca los elogios de los hombres, sino las virtudes interiores que salgan como de su fuente del fondo del corazón, apoyadas en la humildad, y manifestándose sobre todo por una gran mansedumbre y una viva caridad hacia el prójimo.

DIVISIÓN. Veamos pues: *Primero*: que era la justicia de los Fariseos; dirémos, *en segundo lugar*, lo que ha de ser la nuestra, para ser *más abundante*, mas agradable á Dios y merecernos *la gracia de entrar en el reino de los cielos*.

Primera parte. Y desde luego, ¿quiénes eran los Escribas y Fariseos?... Los Escribas eran los sabios, los doctores entre los Judíos; debían enseñar la ley de Dios y explicarla al pueblo. Exteriormente tenían una vida arreglada, y estaba su reputación al abrigo de todo reproche.

Los Fariseos, doctores igualmente, se distinguían de los Escribas haciendo alarde de un exterior más piadoso y llevando una vida más austera. No eran, según decían, como los otros hombres; ayunaban varias veces en la semana, hacían copiosas limosnas, largas oraciones, y pagaban por la manutención de los Levitas y del templo el diezmo de todo lo que poseían ¹.

Los hombres que ven solamente las apariencias, viendo la austeridad de su vida y la exactitud con que cumplían las menores prescripciones de la ley, les prodigaban honores, respecto y admiración.

Sin embargo; ¿No dijo Jesucristo al mas humilde y menor de entre nosotros, que para alcanzar el reino de los cielos es preciso ser mas santos y justos que esos hombre, al parecer tan rígidos y respetados por sus aparentes virtudes? Qué pues, o bondadoso Salvador, vos tan bueno, tan compasivo para con nosotros, pobres pecadores, me parecéis hoy muy severo! Como? ; es menester

1. Luc., XVIII, 12 et passim apud Evang.

para ser salvos, que tengamos una vida más justa que la de esos hombres tan graves, tan austeros y fieles observadores de la ley ! ¡ Ah, hermanos míos, la mirada de Jesucristo penetra más lejos que la nuestra : nada le está escondido ; delante de Él la falsedad, la ambición, el orgullo y la hipocresía tratan inútilmente de velarse con piadosas apariencias, las vé, las conoce ; su ojo penetra la máscara, de que se cubren, sea cual fuere su espesor...

Considerad, en efecto, como demuestra el Evangelio que esta justicia, que esta santidad pretendida de los Fariseos está despojada de humildad y de caridad, dos condiciones esenciales para que la virtud sea realmente tal, y merezca las recompensas eternas... Vedles como en esas comidas á que el Salvador está convidado, escogen ellos los primeros sitios, echando una mirada desdeñosa sobre los Apóstoles. Considerad este otro que vá al templo, no para orar á Dios, sino para hacer su propio elogio y hablar con desprecio del publicano.

Señor, dice, os doy gracias de tantas virtudes, de tantas cualidades que poseo ; no, no soy un pecador como los otros y sobre todo como este publicano. Heridos de la influencia que obtiene sobre el pueblo nuestro divino Salvador por su mansedumbre y por los milagros que obra, estos hombres soberbios se declaran contra Él. El orgullo de ellos irá hasta negar prodigios evidentes como la luz del día ; y si no pueden negarlos, su envidia insensata los atribuirá al poder del demonio !... ¡ Ah, miserables hipócritas, si perseguís así á nuestro Salvador, es porque os conoce, es porque hace conocer á los otros, que vuestra falsa virtud no tiene otro principio sino el orgullo y el deseo de daros importancia. Hacéis limosnas, pero deseáis que sean conocidas. Él ha visto con que ostentación echáis vuestra pieza de oro en el cepillo del templo, y ha dicho que la pobre mujer, que humildemente había echado un denario, tenía más mérito que vosotros delante de Dios !. Sepulcros blanqueados, sí, solo el orgullo es el principio de todos vuestros actos !...

1. Marc, XII, 41 ; Luc., XXI, 1.

Y ved, amados hermanos míos, como el Salvador conocía bien á estos hipócritas ! Sabía que no solamente sus corazones estaban ulcerados por el orgullo, sino que su pretendida justicia carecía de caridad. Por mas hermoso que sea exteriormente un sepulcro, por más espléndido que sea un monumento fúnebre, si penetráis en el interior, ¿ qué encontraréis ? la corrupción, la podredumbre, los gusanos !... Pues en el alma de estos hombres, que llamaba con tanta precisión *sepulcros blanqueados*, veía Jesucristo la envidia, los celos, el odio y muchas otras pasiones, pues las almas, de que está ausente la caridad, son realmente como muertas delante de Dios, y los vicios se multiplican allí como los gusanos en un cadáver !... Vamcs pues ! estos Fariseos, tan austeros en apariencia, que no habrían querido omitir la menor ceremonia prescrita ; que se hacían un mérito de la exactitud, con que limpiaban sus manos ántes de la comida ; que se enorgullecían de la fidelidad, con la cual observaban tradiciones mezquinas y ridículas, no usaban de una dureza y injusticia extraña en los juicios que formaban respecto del prójimo !... Maestro, decían á Nuestro Señor Jesucristo, porqué acogéis así los publicanos y pecadores ?... Nosotros tenemos por cosa indigna entretenernos con esta clase de gentes, aun cuando fuese para convertirlos. » ¡ Cuán constante y pertinaz era la envidia que tenían á nuestro divino Salvador ! cómo espían sus acciones ! Cómo se esfuerzan, haciéndole preguntas capciosas, por sorprenderle en sus palabras ! Cómo le calumnian ! Jesus acababa de sanar un ciego de nacimiento ; este ciego relata ingenuamente, como se ha operado su curación milagrosa. Furiosos, le amenazan así que á sus padres... : « No hables mas así, le dicen, este hombre no ha podido curarte, porque es un pecador. » En fin, para satisfacer su odio y celos, no retrocederán ante el mas grande de los crímenes : conspirarán contra nuestro divino Salvador, le juzgarán de la manera que sabéis, y le entregarán al suplicio ignominioso de la cruz... Pero aquí, hermanos míos, admirad la delicadeza de su conciencia, la grandeza de su virtud !... O mas bien, amados cristianos, consideremos la atrocidad de su hipocresía. No entrarán

en el pretorio de Pilato, por miedo de ser manchados, porque es la morada de un pagano. Qué conciencia tan delicada y escrupulosa! Pero no vacilarán cuando se tratará de perseguir al inocente Jesús con sus calumnias; no estarán indecisos para excitar al pueblo á pedir su muerte, y reunidos ellos mismos á la más vil multitud, clamarán: ¡*Quitadle, crucifícadle!* Llevarán la rabia y el odio hasta subir al Calvario, para beber, en cierto modo, con los ojos la sangre de su víctima, para saborear todo el espectáculo de sus dolores é insultarle en su agonía!... Hélos aquí á esos hombres en apariencia virtuosos y austeros, hélos aquí á esos hipócritas!... O divino Salvador, como les conocéis bien!...

Segunda parte. Por eso, hermanos míos, ya no extrañaréis ahora que Jesucristo exija de sus discípulos una virtud mas perfecta, una mayor justicia; ya no os admirará que nos diga en el Evangelio de este día: *En verdad, os digo, si vuestra justicia no fuere mayor que la de los Escribas y Fariseos, no entraréis en el reino de los cielos.* Se puede engañar á los hombres, pero la mas secreta intención, el rincón mas escondido del corazón no puede escaparse á la vista de Dios... Nuestra conciencia es para Él un libro siempre abierto; vigilemos, pues, atentamente sobre nosotros mismos, sin contentarnos con las apariencias de la virtud.

Pero, decidme, hermanos míos, ¿sería imposible encontrar en nuestros días virtudes bastante semejantes á las de los Fariseos, una justicia y santidad muy poco diferentes de la suyas?... ¿No hay aun sepulcros blanqueados? Ese hombre dominado por la avaricia se escuda con la probidad, no quiere tener nada que desembrollar con los tribunales ó la justicia humana. Confiadle vuestra bolsa, os la vuelve intacta y no falta en deciros con énfasis: « Soy un hombre honrado. » Pero ¡tiene ningun temor de engañar á sabiendas y voluntariamente en los contratos que concluye?... ¿No procura apropiarse parte del campo del vecino? ¿No disputa sobre el salario de los obreros? En una palabra ¿no se permite muchas faltas de delicadeza, las cuales la ley humana puede no reprimir, pero que la conciencia cristiana reprueba? Sepulcro blanqueado!... Se encuentran á veces personas que se

tienen por cristianas, y que no son exentas del vicio de los Fariseos. Mi amada hermana, si sois piadosa, no querríais faltar ni á las vísperas, ni á cualquier oficio de piedad; ¿pero porqué esa severidad para con el prójimo? Porqué esa lijereza con que traíais su reputación? Porqué esas maledicencias y quizás esas calumnias que os son tan habituales? ¡Ah tened cuidado, no seais tambien un sepulcro blanqueado! Asistir á la santa misa, comulgar de tiempo en tiempo es cosa muy buena; pero respetar el honor y la reputación del prójimo, tener por él sentimientos benévulos y caritativos es igualmente cosa buena; y os diré con Nuestro Señor Jesucristo que es menester hacer lo uno y no dejar lo otro. *Hæc oportuit facere et illa non omittere.* En fin ¿no podría hallarse tambien entre los cristianos ciertas personas modestas, recogidas, decentes delante del público, y que en secreto olvidan la presencia de Dios y no conservan esta misma reserva ni en sus pensamientos, ni en sus actos! Sepulcros blanqueados aun, brillo al exterior, corrupción y podredumbre al interior!...

¿Cuál es, pues, hermanos míos, la justicia que Jesucristo exige de nosotros, para que seamos admitidos en el reino de los cielos? Es, cristianos, una virtud interior que reuna las dos condiciones que faltaban á la santidad de los Fariseos, una virtud humilde y caritativa.

Sin humildad no hay verdadera justicia. Hemos dicho con que energía nuestro divino Salvador censura el orgullo de los Fariseos; veamos como recomienda la humildad á sus discípulos!... No contento con hacer de su vida entera una lección de humildad, predica esta virtud de una manera especial. Un día, despues de haber dado gracias á su Padre, porque las verdades, que enseñaba, rechazadas por el orgullo de los sabios y doctores, eran manifestadas á los humildes y pequeños, añadía: Aceptad mi yugo, someteos á mi doctrina, y aprended de mí que soy manso y humilde de corazón. Oráculo divino, preciosamente recogido por los Evangelistas y fielmente practicado por los santos todos... *Aprended de mí...* ¿Qué solemne entrada!... Y qué, pues, o Jesús,

vais á enseñarles? ¿vais acaso á comunicarles algun secreto de vuestra ciencia divina, á enseñarles á curar los enfermos, á resucitar los muertos!... No, hermanos míos, escuchad: « Aprended de mí que soy manso y humilde de corazon. » Hé ahí, cristianos, lo que hacía la santidad del divino Salvador incomparablemente superior á la de los Fariseos... He ahí lo que pone la virtud de los cristianos muy por encima de la de los doctores de la antigua ley y de los sabios del paganismo...

¡ Oh divina Madre de Jesús, criatura la mas santa y perfecta, esta misma enseñanza nos da tambien vuestra vida entera; esta misma lección recogia de vuestros labios benditos una de vuestras más devotas siervas. Leemos, en efecto, en las *Revelaciones* de Santa Brígida, que en una de esas apariciones con que era élla favorecida, la Santísima Virgen le dice: « Hija mía, si quieres santificarte, ven á esconderte bajo el manto de mi humildad; considérate como la más grande pecadora de todos. ¡ Ves á algunos malos? tu no sabes si mañana ellos serán convertidos; no ves su alma, ignoras con que intenciones obran; no te prefieras, pues, á ninguno, y no juzgues mal de nadie en el fondo de tu corazon. Es cosa dura para las almas mundanas creer y estar bien persuadidas de que están por debajo de los otros. Que no sea así contigo, hija mía; sigue mi ejemplo, porque tal era mi humildad...¹ » Debo tambien deciros que la justicia, la virtud de los cristianos debe ser acompañada de caridad!... ¿ No es sobre este punto que Nuestro Señor insiste particularmente en el Evangelio de este día? « Ha sido dicho á los antiguos: No matarás; y cualquiera que matare será culpado de juicio. Mas yo os digo, prosigue, que cualquiera que se enojare con su hermano será culpado de juicio; cualquiera que dijere á su hermano: Raca, sera culpado de concilio; y cualquiera que dijere: Fátuo, será culpado de fuego del infierno. » Nos prohíbe, pues, el Señor la cólera para con el prójimo, nos prohíbe toda palabra insultante, porque la palabra Raca, intraducible en nuestra lengua, es un vocablo

1. Cf. Lohner, *Bibliotheca manualis*.

de indignación y de desprecio¹; Dios nos prohíbe igualmente las palabras injuriosas, y amenaza castigar con severidad á los que habrán violado estos preceptos de caridad. Y no lo olvidemos, amados cristianos, como os decía, Jesucristo ve lo que se pasa en lo más íntimo de nuestra alma, y si queremos merecer entrar un día en el reino de los cielos, es menester no solamente abstenernos de palabras injuriosas para con el prójimo, sino que además es necesario que hayamos en el fondo de nuestro corazon caridad y afección para con Él.

PERORACION. ¡ Y no es esto lo que nos enseña de la manera más formal, más clara y enérgica, cuando añade: « Por tanto, si trajeres tu presente al altar, y allí recordares, que tu hermano tiene algo contra tí, deja allí tu presente en el altar, y véte primero á reconciliarte con tu hermano, y entonces ven y ofrece tu presente. » Qué de más fuerte, amados cristianos, pero tambien, como lo observa un santo, qué de más dulce y de más tierno² que estas palabras!

La caridad, la unión de los corazones tiene un tal valor á los ojos de nuestro buen Salvador que la prefiere en cierto modo á su propia gloria. « Venís á rogarme, á ofrecer presentes, á comulgar y ofrecer un sacrificio; pues bien! si tenéis odio á vuestro hermano, si existe en vuestra alma algo de hiel contra él, id desde luego á reconciliaros con él, interrumpid por decirlo así este ejercicio de piedad, diferid esta ceremonia é id á reconciliaros con vuestro prójimo.

O adorable Salvador, cómo estas palabras hácenos sentir bien la importancia de la caridad y del amor que debemos tener hacia nuestro prójimo. O vos, que sois al mismo tiempo todopoderoso y muy misericordioso, dignaos concedernos una justicia, que sea segun vuestro corazon; preservadnos de este orgullo, de esta hipocresía, que echabais en cara á los Fariseos; haced que os sirvamos con una intención recta, con un corazon humilde y sincero... Preservadnos de la envidia, de los celos, del odio; haced

1. Véase Cornelio Alapide.

que, conservando acá en la tierra la paz, la caridad, tengamos como un prelude de esta unión eterna, que no debe formar sino un corazón y alma de todos vuestros escogidos en esa bienaventurada patria, á que nos habeis destinado... Así sea.

HOMILIA SOBRE EL EVANGELIO

DEL SEXTO DOMINGO DESPUES DE PENTECOSTES.

(S. MARCOS, VIII, 1-9.)

**Multiplicación de los panes; milagro que se renueva cada año;
Debemos testificar por éllo á Dios nuestro agradecimiento.**

TEXTO. *Misereor super turbam, quia ecce jam triduo sustinent me, nec habent quod manducent.* Tengo compasión de la multitud, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen que comer.

EXORDIO. Hermanos míos, hacía más de dos años que Nuestro Señor Jesucristo recorría como un misionero las ciudades y aldeas de la Judea. Si como decíamos el último Domingo, los Escribas y Fariseos calumniaban su persona, negaban sus milagros y despreciaban sus enseñanzas; en cambio las almas más simples y rectas iban como encadenadas á sus pasos. Tomaban gusto en recoger aquellas hermosas lecciones dirigidas en forma de parábolas; además era su doctrina siempre confirmada por algun milagro nuevo producido por su poder. Él se había retirado á un monte desierto junto al mar de Galiléa; le había acompañado mucha gente; y le habían traído mudos, ciegos, cojos y otros muchos enfermos y los había sanado¹. El entusiasmo se había apoderado de esta muchedumbre que admirada, exclama: Ha hecho bien todas las cosas, ha hecho oír á los sordos y hablar á

1. Juan, vi, 2-12.

los mudos. » Tal era la piadosa curiosidad del pueblo, que le hacía olvidar la bebida y comida...

Pero la bondad del Salvador no permitirá que esos hombres caigan en desfallecimiento, y el Evangelio de este día nos muestra como Él sabe subvenir á las necesidades de los que le aman y siguen.

« Como el pueblo hubiese concurrido otra vez en gran número y no tuviesen que comer, Jesús llamó á sus discípulos y les dijo: Tengo compasión de esas gentes, porque ya hace tres días que están conmigo, y no tienen que comer, y si los enviare en ayunas á sus casas, desmayarán en el camino, porque algunos de ellos han venido de lejos. Sus discípulos (no atreviéndose á recordarle que ya una vez había con cinco panes de cebada alimentado millares de hombres) le respondieron: ¿ De dónde podrá alguien hartar á éstos de pan aquí en el desierto? Y Jesús les preguntó: ¿ Cuántos panes tenéis? y ellos dijeron: siete. Entonces mandó á la multitud, que se recostase en tierra, y tomando los siete panes, habiendo dado gracias, los partió y dió á sus discípulos para que los distribuyesen, y los distribuyeron á la multitud. Partió igualmente unos pocos pececillos, que había bendecido. Todos comieron de ellos, y se hartaron, y levantaron de los pedazos que habían sobrado, siete espuertas. Y eran los que comieron como cuatro mil. »

PROPOSICIÓN Y DIVISIÓN. ¿ No os parece, hermanos míos, que si hubiésemos sido del número de estas cuatro mil personas así milagrosamente hartadas, habríamos admirado el poder y la bondad de nuestro divino Salvador; nos habríamos prosternado á sus piés para adorarle y aficionado á Él como al mejor de los dueños: en una palabra que este milagro nos hubiera trasportado de admiración y habríamos sido penetrados de la más viva gratitud? Amados hermanos míos, quiero esta mañana mostraros: *Primero* que este prodigio de la multiplicación de los panes se renueva cada año; *segundo*: que tenemos obligación de manifestar por esto nuestro agradecimiento al Señor.

Primera parte. Sí, amados cristianos, este milagro de la multi-